

4° DOMINGO DE CUARESMA (B)

¡Señor Jesús! que acepte que el camino de la vida pasa por el camino de la cruz

¡Qué difícil resulta para nosotros comprender el binomio que Jesús enfrenta: su sufrimiento extremo con la crucifixión incluida y su muerte y mantener su irrenunciable fidelidad al Padre Eterno! La fidelidad no es chiste ni ganga. Es prueba de entrega, de sacrificio, de donación “hasta que duela”. Y Jesús permanece fiel hasta el extremo del sufrimiento humano como el Hijo del Padre cuya voluntad es clave para nosotros, “para que tengan Vida Eterna”. El Padre no envía a su Hijo para condenar al hombre sino para salvarlo. El sufrimiento sigue estando ahí en el camino de Jesús y en el camino de la Iglesia, y en el camino de cada hombre y con toda fuerza en el camino de los creyentes. El sufrimiento no es algo bueno ni positivo. Y está incrustado en la médula de la historia humana y de cada ser humano. De este modo, al Padre y a su Hijo Amado no cabe otro camino para salvar y salvar desde la raíz misma del mal, que Jesús encauce su vida hacia lo más realista que el ser humano tiene y el lugar más auténtico para vivir la fidelidad y plenitud de comunión con su Padre. Y también con nosotros, sin excepción. El sufrimiento y la cruz no son signos de castigo ni formas de reparar a un Dios ofendido. Jamás Dios Padre quiere sacrificar a su Hijo. Lo que efectivamente el Padre quiere es salvar al hombre y por amor a esta humanidad envía a su Hijo. Dios no está empeñado en que su Hijo sufra lo indecible; el sufrimiento de Jesús es nuestra responsabilidad. Nosotros castigamos y herimos con formas extremas a Jesús y al hombre, nuestro hermano. La historia muestra los indecibles sufrimientos a que son sometidos los seres humanos por otros seres humanos, desde el pequeño mundo de nuestras relaciones del diario vivir hasta el amplio de la sociedad. La solidaridad de Jesús con este hombre y esta humanidad no podía ser mejor vivida y expresada en toda su hondura y dramatismo que abrazando el sufrimiento y la cruz que los hombres le infligimos por ser “un quiebra esquemas” a concho. En este camino doloroso, el Padre no está animando el sufrimiento contra su Hijo; por el contrario, el Padre lo sostiene, está con Él, sufre con Él y está con Él. Todo quedará manifestado en la resurrección y desde ésta logramos comprender que “Tanto amó Dios al mundo que no dudó en entregarle a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga Vida Eterna”. La fidelidad tiene su precio, que efectivamente todos crean en el Hijo y tengan Vida Eterna. El discípulo de Jesús no podrá esquivar el mismo camino de su maestro y se hará también solidario con los crucificados de nuestro tiempo, abrazando con amor la cruz de cada día. El discípulo llega a la plena identificación con su Maestro cuando se identifica y hace suyo el camino de la cruz, cuando comparte el destino doloroso de Jesús. Así como Israel, el pueblo elegido por Dios, tiene que pasar por duras experiencias en el largo camino del desierto, así también el pueblo de la Nueva Alianza, la Iglesia experimenta difíciles experiencias como lo muestra su larga historia. La exigencia de “nacer de nuevo” que Jesús planteó a Nicodemo tiene su completa vigencia en todo momento, porque el “hombre viejo” nos acecha siempre. Nadie puede presumir de estar ya convertido del todo a Jesús,

de vivir el evangelio a cabalidad. Por el contrario, estamos siempre en camino de conversión y por esta razón siempre necesitamos el precioso tiempo de cuaresma. Pero qué sería si cada uno se tomara en serio el llamado a la conversión a Dios, dejando el pecado y el mundo de la muerte. Somos frágiles y cambiantes, razón por el Señor no cesa de renovar su invitación: “conviértete”.

PALABRA DE VIDA

2Cr 36, 14-16.19-23 Todos multiplicaron sus infidelidades y contaminaron el Templo que el Señor se había consagrado en Jerusalén.

Sal 136, 1-6 ¡Que no me olvide de ti, ciudad de Dios!

Efesios 2, 4-10 “Fuimos creados en Cristo Jesús”.

Jn 3, 14-21 “Porque Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único”.

La muerte fue un acto de amor, dice Benedicto XVI. En la Última Cena, Jesús anticipó la muerte y la transformó en el don de sí mismo. Su comunión existencial con Dios era concretamente una comunión existencial con el amor de Dios, y este amor es la verdadera potencia contra la muerte, es más fuerte que la muerte. La resurrección fue como un estallido de luz, una explosión del amor que desató el vínculo hasta entonces indisoluble del “morir y devenir”. Dejemos que la Palabra Eterna nos encamine hacia la comprensión auténtica del sufrimiento y del morir de Jesús en la cruz.

Del segundo libro de las Crónicas 36, 14-16.119-23

La primera lectura de hoy está tomada del segundo libro de las Crónicas, nombre dado por San Jerónimo y que en definitiva ha terminado por imponerse. En la Biblia Hebrea se les llama Los Escritos y el título griego era Paralipómenos Basileôn Ioûda = “las cosas omitidas concernientes a los Reyes de Judá”. Originalmente se trataba de un solo libro pero en la versión griega de la Biblia conocida como “de los Setenta (LXX)” aparece separado en dos libros como hoy lo conocemos en las ediciones de la Biblia. No hay certeza acerca de la época de su composición. Se puede fijar como posible a finales del siglo IV a.C. Las Crónicas es una obra de autor anónimo al que se le designa como El Cronista que emprende la composición de un inmenso cuadro acerca de la historia israelita donde subraya vigorosamente la acción de Dios manifestada en la historia. Su autor desea sacar la lección de toda la historia pasada para que Israel no vuelva a caer en los viejos errores e intenta mostrar como toda la obra divina se centra en el culto del templo, por el que el pueblo da un sentido a su existencia. Es muy interesante la reflexión teológica de estos dos Libros de las Crónicas.

Respecto al texto de esta primera lectura tengamos presente que estamos situados en el reinado de Sedecías en Judá que gobernó entre el 597 – 587 a. C. Ya Judá está bajo la supervisión del rey babilónico Nabucodonosor pero Sedecías desoye el llamado del profeta Jeremías, se rebela contra Dios y contra Nabucodonosor. Este es el desolador panorama espiritual y humano que prepara el exilio o destierro de los judíos a Babilonia en el año 587 a.C. El texto contiene los dos

ingredientes de la historia no sólo de Israel sino de la humanidad misma: una apostasía generalizada que compromete todos los niveles de la vida de Israel y a todos sus miembros: jefes, sacerdotes y pueblo. Esta apostasía arrastra a la infidelidad y a la idolatría llegando a contaminar el mismo Templo de Jerusalén. Pero, al mismo tiempo, la misericordia de Dios que los llamó una y otra vez mediante sus mensajeros (los profetas) *“porque tenía compasión de su pueblo y de su Morada”* (v.15). Pero la apostasía iba demasiado lejos, pues despreciaron a los mensajeros y continuaron en su rebeldía *“hasta que la ira del Señor contra su pueblo subió hasta tal punto que ya no hubo más remedio”* (v. 16). Luego se describe las atrocidades cometidas por los babilónicos que arrasaron con Jerusalén y su Templo. Pero esta desgracia que incluyó el exilio, vino a cumplir la palabra del Señor que nunca faltó a través de los profetas, especialmente Jeremías. Estamos ante una interesante reflexión que no echa la culpa a Dios de los males padecidos sino como el lamentable resultado de una infidelidad y apostasía colectivas. Pero todavía más, no escucharon las llamadas insistentes a abandonar el mal camino. Si lo hubieran hecho, no habrían vivido los trágicos episodios como el exilio babilónico. ¿Qué aprendemos de esta lección histórica? ¿Qué consecuencias tiene el “olvido de Dios” y la sordera en torno a su Palabra?

El Salmo 136 expresa el lamento de los israelitas en el cautiverio babilónico; este lamento está traspasado por la nostalgia de un pasado que ellos destruyeron con su pecado, su infidelidad y apostasía. En lenguaje popular es “llorar sobre la leche derramada”, actitud que no es todavía conversión ni toma de conciencia. Pero podemos orar con estos cautivos israelitas y aprender la tremenda lección histórica. Es muy patente el dolor de los desterrados a Babilonia cuando dicen: *“Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión. En los sauces de las orillas teníamos colgadas nuestras cítaras”*. (Sión es Jerusalén, la ciudad santa de Israel). El sufrimiento extremo puede hasta impedir la súplica confiada y podemos girar y girar en torno al mismo sin ver más allá.

De la carta de san Pablo a los cristianos de Éfeso 2, 4-10

La segunda lectura nos ofrece una necesaria meditación acerca de nuestra realidad de cristianos. El texto es respuesta a la sombría realidad de los hombres sometidos a los criterios de este mundo, a los paganos que, como ellos también nosotros vivimos: *“Todos nosotros también nos comportábamos así en otro tiempo, viviendo conforme a nuestros deseos carnales y satisfaciendo las apetencias de la carne y nuestras malas inclinaciones..”* (v. 3). Ciertamente no sólo se refiere a aquellos cristianos de Éfeso, también nos incluimos nosotros que aún siendo bautizados cristianos, nuestra vida deja mucho que desear. Todo ese panorama mundano, sin Dios ni ley, ha sido superado por la incorporación al Cuerpo de Cristo. San Pablo describe con entusiasmo y belleza la nueva vida cristiana. De muertos y perdidos a causa de nuestros pecados, Dios, rico en misericordia y por el gran amor con que nos amó, *“nos hizo revivir con Cristo y con Cristo Jesús nos resucitó y nos hizo reinar con él en el cielo”* (v.5-6). Este es motivo central de nuestra alegría: la vida nueva que gratuitamente hemos recibido. Es motivo de gloria el que hayamos sido salvados *“por su gracia, mediante la fe”* (v.8). Compartimos el evangelio de la gracia,

del don que Dios nos regala en su Hijo muerto y resucitado. ¡Con cuánta frecuencia el cristiano va olvidando la gratuidad de su amor y de su fe! Y entonces convierte su vida en un cumplimiento vacío, de normas y ceremonias. Todo es gracia, dice el gran Agustín de Hipona. En esta Cuaresma no centremos demasiado la atención a las obras que hacemos o queremos hacer; es mejor volver los ojos al Señor de la Misericordia, del amor que se nos ofrece sin medida. Sólo así podemos acceder al sentido verdadero del Misterio Pascual. ¿En qué pongo la atención en mi vida cristiana? ¿He meditado el ser amado simplemente por el Señor y porque Él quiere así? ¿Es una certeza inamovible que hemos sido salvados “por su gracia mediante la fe”?

Del evangelio de san Juan 3, 14-21

El **evangelio** es la cumbre de la liturgia de la Palabra. Entra en escena Nicodemo, un dirigente judío muy representativo. Su decisión de entrevistarse con Jesús nació de la impresión que produjo en él la joven figura de Jesús en su primera actuación en Jerusalén. Nicodemo es un hombre de buena voluntad y está dispuesto a aceptar el punto de vista de Jesús. Por lo menos reconoce que su actuación corresponde a un enviado de Dios. Nicodemo es un hombre sin prejuicios y con inquietudes. Y como buen judío, toda su preocupación gira en torno al reino de Dios. En este sentido hay que comprender las inquietudes que plantea a Jesús. El evangelio de hoy nos sitúa en el corazón del encuentro de Nicodemo con Jesús. Estamos en el mundo del cuarto evangelio y esto ya nos ubica en un lenguaje simbólico. Por ejemplo, Nicodemo va de **noche** a visitar a Jesús, porque aún no recibe la plenitud de la **luz**, que es Jesús y a quien reconoce **“como venido de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede realizar los signos que tú haces, si Dios no está con él” (v. 2)**. Estamos ante una fe incipiente que no le permite comprender las palabras de Jesús. El encuentro y el diálogo son, en el cuarto evangelio, aspectos claves para entrar en la realidad de Jesús como *único revelador del Padre* como lo desarrolla magistralmente Jn 3, 11- 21. Dentro de esta unidad, la liturgia de hoy nos ofrece los versículos 14-21. Desde este momento, el diálogo entre Jesús y Nicodemo se convierte en un monólogo de alto vuelo en labios de Jesús.

A Jesús no se le conoce de buenas a primeras. San Juan nos ayuda a entrar en ese proceso largo de ir de menos a más. Nicodemo vive la primera revelación de Jesús que le pide nacer de nuevo, cosa que Nicodemo no comprende cómo puede ser eso. Luego continúa el proceso cuando Jesús le habla de la necesidad de nacer del agua y del Espíritu y la nueva incomprensión de Nicodemo. Nicodemo y todo cristiano va pasando de las tinieblas a la Luz, paso a paso. El evangelio de hoy nos presenta a Jesús que nos introduce a todos en su verdadera realidad y por Él somos introducidos en Dios y en el Espíritu. Jesús es único que “ha descendido del cielo y es el Hijo del hombre que está en el cielo” y por tanto, nos habla de lo que sabe y da testimonio de lo que ha visto en el misterio eterno del Padre. Queda claro que los hombres no aceptamos de buenas a primeras ese testimonio de Jesús y aún nos cuesta aceptar las cosas que nos dice acerca de la tierra. Al igual que Nicodemo, nosotros estamos en esa fe incipiente, inicial, y necesitamos

dejarnos enseñar por Jesús. Sin esta referencia a Jesús, nuestra fe permanece sin ser comprendida y sin acceder a la luz verdadera.

El evangelio de hoy se abre con una paradoja que compromete nuestra manera de comprender a Jesús. El texto dice: *“De la misma manera que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todos los que creen en Él tengan Vida eterna”* (v.14). A pesar de seguir teniendo su morada en el Padre, el Hijo se encarnó para comunicar a los hombres la vida divina. Ahora el Hijo es el lugar ideal de la presencia de Dios. Este misterio de rebajamiento que aquí se revela se cumplirá un día en la cruz. La humanidad podrá comprender entonces el suceso escandaloso y desconcertante de la salvación por medio de la cruz y curarse de su mal, lo mismo que en otros tiempos los hombres se curaron de las mordeduras de las serpientes venenosas mirando la serpiente de bronce que había hecho levantar Moisés como signo de vida (Nm 21, 4-9). Pero la confrontación que san Juan propone no es entre Jesús y la serpiente y bronce sino en el hecho de la elevación y de la salvación que consiguen los que saben superar las apariencias del signo y miran en la fe la misericordia y el poder de Dios. Finalmente, el símbolo bíblico de la *serpiente de bronce* sirve al evangelista para presentar a Jesús elevado en la cruz para la salvación del mundo. Otro importante dato. *“El hijo del hombre sea levantado en alto”* (v. 14). El verbo griego significa “elevar”, “levantar”, “exaltar”. Tiene el doble sentido de que alguien sea elevado en la cruz, la crucifixión termina cuando el crucificado es levantado en alto en el patíbulo de la cruz; pero, en la perspectiva del evangelista, la elevación en la cruz es además el signo de exaltación de Jesús en la que es glorificado por el Padre. Así los verbos *elevar* y *glorificar* se asocian al misterio pascual de Jesús, crucificado y resucitado. En realidad, para san Juan la crucifixión y la resurrección no son dos momentos sino un solo acontecimiento que muestra el poder de Dios sobre la muerte. La cruz para san Juan es más que el patíbulo horrendo donde muere Jesús; más bien es el trono donde Jesús es elevado a la gloria del Padre desde donde reina y salva como crucificado victorioso.

El resto del texto del evangelio de hoy continúa siendo una revelación que llega hasta la fuente de la vida: es el **amor del Padre que entrega a su Hijo para destruir el pecado y la muerte**. Todo el pensamiento de Juan conduce al amor y al juicio como categorías teológicas centrales. La obra universal de la salvación obrada por Cristo encuentra su origen en la iniciativa misteriosa del amor de Dios a los hombres. De este modo la misión de Jesús no es otra que la llevar a cabo la salvación y así no deja la humanidad sujeta a la desesperación y su pecado. Toda la obra del Hijo se comprende desde el inmenso amor del Padre por la humanidad, que le llevó hasta “entregar a su Hijo” hasta el extremo para que todo el que crea en Él tenga vida eterna. El juicio no es escatológico, es decir, al final de la vida o de la historia humana sino el juicio es “aquí y ahora” y la vida o la muerte dependen de la decisión que el hombre tome frente a Jesús ahora. El que no cree ya está condenado, porque ha rechazado la última oportunidad de salvación al rechazar a Jesús. El hombre está puesto ante una decisión definitiva ahora. Esta es una consecuencia de lo que

significa el amor del Padre manifestado en su Hijo Jesús. Luz y tinieblas es la trama de la historia transformada por la persona de Jesús, Luz del mundo.

El Señor nos bendiga y nos acompañe.

Fr. Carlos A. Espinoza I., O. de M.